



Tesoro de la Juventud

LA VIDA DE CONFUCIO

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Tesoro de la juventud

LA VIDA DE CONFUCIO

Del libro de hombres y mujeres célebres

SE supone que Confucio nació en el año 551 antes de J. C. Su padre fue un pundonoroso militar, y, según dicen los chinos, descendía del ilustre emperador que, dos mil años antes, fundó el gran imperio de la China. Cuando el niño Kung sólo contaba tres años, murió su padre. De su primera educación sabemos muy poco, excepto que, según él mismo dijo más tarde, se aficionó mucho al estudio al cumplir los quince años.

De acuerdo con las costumbres de su país, se casó muy joven; a los veinte años era ya padre. Fué muy pronto un oficial del ejército, pero seguía aplicándose al estudio con vehemencia durante sus ocios. Estudiaba preferentemente historia y filosofía, mostrándose muy disgustado del sistema de vida que llevaban sus compatriotas. Esperaba aprender el modo de reformar el Estado, y sobre todo, de conseguir el progreso moral de su pueblo. A los treinta años era ya célebre, y de todo el país iban estudiantes a oír sus doctrinas.

Llegó a ser algo así como un ministro de Gracia y justicia, es decir, el juez superior entre todos los jueces de la nación, y se dice que casi logró suprimir el crimen en absoluto. Sabemos que en cierta ocasión mandó ejecutar a un delincuente; pero ello no obstante, siempre fue contrario a la pena de muerte, pues consideraba que los criminales habían llegado a serlo, porque el Estado no se había cuidado de educarlos en la infancia. Cuando un discípulo le preguntaba cómo se podría obtener un buen gobierno, decía Confucio que los gobernantes debían cuidar de no cometer cuatro errores graves, el primero de los cuales era no instruir al pueblo y castigarle después, lo que significaba una cruel tiranía.

Pasados dos mil quinientos años, el mundo moderno civilizado comienza a darle la razón a Confucio. Hasta hace poco tiempo, se daba escasa importancia a los niños en la escuela, y se los castigaba cruelmente cuando cometían alguna falta, induciéndolos así a seguir un mal camino. Pero esto, como decía muy bien Confucio, es una cruel tiranía; de suerte que en ello estamos ahora comenzando a respetar el principio de aquel gran ministro de justicia chino que vivió 2000 años antes que Colón descubriera la América.

Sabemos igualmente que, como juez, tenía una norma que siguen hoy los jueces modernos. «Instruyendo causas -decía Confucio- soy un hombre como los demás; pero lo esencial e importantísimo es que los demás no acudan a la justicia con demasiada frecuencia ». En efecto, cuando hoy los hombres se disputan un derecho, los jueces más discretos procuran arreglar el asunto amigablemente, procurando que los querellantes no acudan a los Tribunales, aunque esto signifique, para los abogados de buena fe, la reducción de sus honorarios.

Pero, como sucede y ha sucedido siempre a los grandes hombres, - podrían citarse mil y mil casos, si el tiempo no hubiese borrado los recuerdos-. Confucio, no obstante ser tan bueno, tan sabio y honrado, tuvo muchos enemigos. Estos se confabularon para derrocar al príncipe que protegía a Confucio, y realizaron una hazaña funesta, que se convirtió en

asunto público y obligó a Confucio a dimitir el cargo de ministro. Dedicóse entonces a viajar, y durante muchos años, anduvo de una a otra provincia, acompañado de discípulos. En algunas partes le recibían bien y en otras mal, tratándosele como a un perro callejero. De todas partes salió, más pronto o más tarde, penosamente defraudado en sus esperanzas. - Siempre se mostraba dispuesto a aconsejar a los príncipes que hallaba a su paso, y hasta les ofrecía ayuda para que gobernasen según sus principios; pero era tan bueno y que no le comprendían. Sin embargo, tuvo siempre discípulos fieles, de quienes fue amado y a quienes amó, consolándose así de la ingratitud de su pueblo.

Mucho tiempo después, cuando iba a cumplir los setenta años, regresó al reino de Lu, donde había gobernado. Allí le permitieron volver a la corte, no como funcionario público, sino como particular, a quien se consultaba en momentos difíciles. En esa condición pasó los últimos cinco años de su vida, escribiendo, aunque ninguno de sus escritos se ha conservado, como ocurrió con otros muchos grandes pensadores de la antigüedad. Tenemos, pues, que dar fe a lo que refirieron sus discípulos respecto de sus enseñanzas. He aquí una traducción del informe chino sobre la muerte de Confucio, que ocurrió después de haber cumplido los setenta y tres años:

« Levantóse temprano, y con las manos cruzadas a la espalda, iba paseándose, seguido de sus discípulos, por delante de la puerta de su casa, a tiempo que decía con voz lacrimosa:

La gran montaña ha de abatirse;

La viga más fuerte se romperá;

Y el hombre sabio acabará marchitándose, como una flor ».

« Luego entróse en la casa y se sentó cerca de la puerta. Tsze Kung había oído las palabras del maestro y se dijo a sí mismo:-« Si la gran montaña ha de abatirse, ¿hacia donde debo mirar? Si la viga más fuerte ha de romperse, ¿en qué debo apoyarme? Si el hombre sabio ha de marchitarse como una flor, ¿a quién debo imitar? Temo que el maestro esté enfermo ».

« Y echó a correr hacia su casa. El maestro, al verle, le dijo:-¿Qué haces aquí tan tarde, Tsze? Anoche soñé que estaba sentado entre las ofrendas otorgadas a los muertos, apoyándome en dos cojines. Se acabaron los reyes discretos, y ¿cuál de las criaturas que viven bajo la inmensa bóveda azul, me aceptaría como maestro ? Creo que voy a morir ».

« Al decir esto, echóse en la cama. Estuvo enfermo durante siete días y al fin murió ».

El mejor comentador de Confucio añade las siguientes palabras, al hablar de su muerte:

« Su fin, que impresionó profundamente a cuantos lo presenciaron, fue melancólico. Deslizóse como envuelto en una nube. La desilusión había amargado su alma. Los grandes del imperio no habían recibido su enseñanza ».

No hubo a su lado familia, hijos, esposa, que le cuidaran cariñosamente. Tampoco presintió la otra vida, sino que dejóse ir a través de un valle oscuro. Ni rezó ni se mostró espantado de la muerte. Pudo haber estado oculta, en lo más recóndito de su alma, la idea de que había tratado de servir a sus semejantes para servir también a Dios; pero de ello no dió señal alguna ».

No fue trágica su muerte, como la de Sócrates -de quien hablaremos muy pronto. -Pero como Sócrates, fue un gran pensador. La vida de Confucio nos demuestra que, generalmente, los grandes hombres fueron despreciados de sus contemporáneos, fracasando en vida para triunfar después de muertos. En efecto, Confucio, al llegar a los umbrales de la muerte, consideró que ningún éxito había obtenido en sus esfuerzos e ideales; pero en todos estos casos, de los que está llena la historia de la humanidad, deberíamos tener presentes las palabras de Jorge Eliot:

« La mejor herencia que el héroe deja a su raza es la de haber sido un héroe. No importa que fracasemos en las más nobles empresas. Así se va formando la tradición. Y dejamos nuestro espíritu en las almas de nuestros hijos ».

W. M. JACKSON, Inc., Editores

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).

